

puede remontarse a los orígenes del colonialismo. Una ideología en la cual se justifica el avasallamiento de América por vivir en un estado de naturaleza que requiere de la acción externa, de un poder superior; sea este poder de cuño cristiano –contra los infieles– sea de corte liberal –frente a la barbarie incivilizada. Recientemente, con la doctrina de la seguridad nacional, la población entera fue visualizada como inepta y potencialmente subversiva.

Esa ideología de la inmadurez y la incapacidad intrínseca del sudamericano ha servido para sojuzgar a nuestra gente por los centros de dominación mundial y sus mandantes locales –ora a través de la invasión lisa y llana, ora mediante el golpe de Estado–, so remanidos pretextos como el que sostenía el mismo Keyserling mientras repudiaba la integración racial: hay pueblos que por su atraso no están en condiciones de elegir a sus autoridades ni de ser gobernados democráticamente. Las ideas de vacío cultural, de espacios desérticos, de tierra para expropiar y de hombres a someter, se reiteran ya en los planteos iluministas, donde lo autóctono no cuenta demasiado, ya en el tradicionalismo, reacio a la inmigración y a la movilidad social.

La concepción antiamericanista y antidemocrática hunde sus raíces en diversas modalidades teóricas, como la antropología dieciochesca y en cosmovisiones como las de Hegel, quien veía en América a un mundo caótico. Dos autores de mucha repercusión entre nosotros retomarían esos planteos. Ortega, al hablar de una sociedad improvisada e inauténtica, pura promesa en la cual los aborígenes resultan absolutamente inferiores a los colonizadores. El conde de Keyserling, que incentiva la obsesión por la originalidad cultural, también agregaría lo suyo al juzgar a Sudamérica, regida por la mera gana, como carente de espiritualidad y racionalidad.

Graciela Scheines, en una obra muy ligada a nuestra temática, se ha referido desde otra perspectiva, con idéntica dureza, a esas expresiones deformantes: «Hasta que no nos liberemos de las imágenes espaciales o geográficas de América (paraíso, espacio vacío o barbarie) de origen europeo, de las que derivan las nefastas teorías del Fatum, lo Informe, lo facúndico, lo telúrico que nos fijan e inmovilizan como el alfiler a la mariposa, y que hacen de América una dimensión inhabitable ajena a toda medida humana, no superaremos el movimiento circular, las marchas y contramarchas, las infinitas vueltas al punto de partida para volver a arrancar y otra vez quedarnos a mitad de camino».

A través de diversas épocas, procedencias y orientaciones se ha ido estructurando un discurso que insiste en la falta de orden que predomina

entre nosotros, debido a nuestra índole impulsiva e infantil, en contraposición a la prudencia y al equilibrio nordatlánticos. Son semblanzas sobre la cultura y la nacionalidad, sobre el hombre y la mujer de nuestras tierras, en términos netamente dicotómicos y reduccionistas; caracterizaciones que al negarle a nuestro pueblo inteligencia y moralidad, en definitiva su talante humano, han contribuido a combatir los gobiernos mayoritarios y a fundamentar los tutelajes.



Sergio Toppi: *El Dorado* (1975)



Enrique Sánchez Abuli y Alfonso Font: *La tierra de la quimera*